

JOAQUÍN MELLADO RODRÍGUEZ: *IN MEMORIAM*

Joaquín Criado Costa
Académico Numerario

En consideración a ustedes, voy a ser muy breve, a pesar de lo mucho que podría decir, por razones obvias, del doctor Joaquín Mellado Rodríguez, amigo y compañero numerario en esta Casa.

El *alma mater* sevillana fue durante un tiempo la verdadera madre nutricia de la Universidad de Córdoba en sus comienzos. Aquella envió a ésta parte de su profesorado ya formado o en periodo de formación.

En ese contexto llega —o mejor dicho, vuelve— a Córdoba D. Joaquín Mellado; a la Córdoba en cuyo seminario diocesano y en cuyo instituto más antiguo había realizado estudios eclesiásticos y civiles. Y lo hace de la mano de su maestro y mentor D. Juan Gil Fernández, catedrático de Filología Latina en la Hispalense.

Pronto se incorporó al cuadro profesoral del Colegio Universitario de Filosofía y Letras, que acabaría transformándose en Facultad de la misma denominación, de la que llegó a ser Vicedecano y después Decano.

En la Universidad Complutense de Madrid, yo, por mi parte, había tenido profesores de Latín de la talla de Sebastián Mariné Vigorra, de Amador Moro Rodríguez, de Juan Piñeiro Permuy y, sobre todo, del ilustre doctor Alemany Selfa.

Con el catalán Mariné Vigorra llegué a tener una buena amistad, que perduró en el tiempo. Encontrándome ya en Córdoba, me enviaba mi antiguo profesor, con una dedicatoria, un ejemplar de cada uno de los libros, artículos y folletos que publicaba. Esos ejemplares se los hacía llegar yo al profesor Mellado Rodríguez, lo que le hice saber a Mariné, quien desde entonces se los remitía igualmente al latinista cordobés, entablándose también entre ellos una buena amistad que aumentaba con los congresos, simposios y otras reuniones a las que los dos concurrían.

Mariné me habló varias veces de la preparación y valía de Mellado.

Dos líneas de investigación cultivó nuestro antiguo compañero. Por un lado, estudió e investigó sobre el latín de algunos de los 18 Concilios de Toledo, celebrados entre los años 397 y 702, convocados por los reyes desde que en el 587 Recaredo se convirtiera al catolicismo, y en los que, como es sabido, no sólo se trataban asuntos religiosos sino también públicos y administrativos al aplicarse la *lex in confirmatione concilii*, por la que los reyes visigodos daban valor de ley a los cánones y decretos de los concilios.

Su otra línea de investigación fue el Fuero de Córdoba. El rey Fernando III el Santo conquistó Córdoba a los musulmanes el 29 de junio de 1236. La entrega de las llaves de la ciudad por el príncipe Abul-I-Casan fue immortalizada por el pintor bujalanceño Antonio Palomino en un cuadro que cuelga en la capilla de Santa Teresa de nuestra Mezquita-Catedral, fechado en 1712.

El Fuero de Córdoba, promulgado el 3 de marzo de 1241, fue la primera ley de la ciudad y sirvió de modelo para otras muchas ciudades conquistadas posteriormente. Para Gloria Lora, medievalista de la Universidad de Sevilla,

es un texto extraño, un conjunto desordenado de normas, que habla de cómo formar el concejo de la ciudad y de cómo se tiene que gobernar, establece una normativa de carácter penal y después legisla cosas muy variadas.

Basado en el Fuero de Toledo, al de aquí se le añadieron textos posteriores, que posiblemente sugirieran los nobles que vinieron a establecerse en Córdoba, ya que el toledano se promulgó siglo y medio antes, tras la conquista de Toledo en 1085. Según la edición crítica que realizó nuestro latinista fallecido, el 52 % viene del Fuero de Toledo, con notables diferencias, como que el toledano esté escrito en tercera persona y en el de Córdoba hable el rey en primera persona.

Al profesor Joaquín Mellado y a la profesora de la Hispalense Gloria Lora debemos ese completo estudio del Fuero de Córdoba.

Toca ahora hablar del amigo y compañero Joaquín Mellado, que además, en muchas ocasiones, fue asesor y consejero, pues sabía administrar muy bien la paciencia y el tiempo. De carácter calmoso, siguió siempre el consejo del griego Tales de Mileto, considerado por muchos como el padre de la filosofía: «sea tu oráculo la medida», decía Tales.

Con un inquebrantable sentido ético, practicó siempre la prudencia y la generosidad sin límites. En el plano personal, él fue uno de los compañeros numerarios, entre las señoras Porro Herrera y García Moreno, y los

señores Cuenca Toribio, Moreno Manzano, Arjona Castro, Gracia Boix, Hernando Luna, Valverde Madrid, Mora Mazorriaga, Moyano Llamas, Lope López de Rego, Ocaña Vergara, García García y Reyes Cabrera, que promovieron mi candidatura a la dirección de esta Real Academia, en la que me mantuvieron durante dieciséis años.

El amigo Joaquín Mellado no aceptó nunca los cargos en la Junta Rectora que yo le ofrecía, pero me asesoró siempre en la propuesta de otros Académicos para ocuparlos. Quizás vivió su vida como la sentía: sin movimientos ni estados disociativos.

Si, como escribió Marco Aurelio, «La felicidad de tu vida depende de la calidad de tus pensamientos», el latinista, compañero y amigo Joaquín Mellado, al que hoy recordamos, tuvo una vida plenamente feliz.



